

# DRÁCULA

por BramStoker

## Capítulo 1

Diario de Jonathan Harker

(taquigrafiado)

*3 de Mayo, Bistritz*— Salí de Múnich a las 8:35 p.m. el 1° de mayo y llegué a Viena muy temprano la mañana siguiente; debí de haber llegado a las 6:46, pero mi tren se demoró una hora. Budapest es un lugar maravilloso, o eso me pareció por el vistazo rápido que le di a la ciudad desde el tren y lo poco que caminé por sus calles. Temí deambular demasiado lejos de la estación, pues habíamos llegado tarde y el siguiente tren partiría lo más cerca de la hora antes establecida que se pudiera.

La impresión que tuve fue la de dejar atrás el Oeste para internarme en el Este; el más occidental de los puentes que atraviesan el Danubio, que aquí tiene una anchura y profundidad noble, me introdujo a las tradiciones del imperio turco.

Partimos a muy buena hora y llegamos antes del anochecer a Klausemburgo. Ahí, pasé la noche en el Hotel Royale. Comí, o más bien cené, un pollo cocinado de alguna manera con pimiento rojo, estaba muy bueno, aunque algo seco (Recordar: conseguir la receta para Mina). Al preguntarle al mesero por el platillo, dijo que se llamaba “paprika hendl” y que al ser un platillo nacional, seguramente podría conseguirlo en cualquier lugar de los Cárpatos. Encontré muy útiles mis nociones de alemán y no sé si hubiese podido sobrevivir sin ellas.

En Londres había tenido un poco de tiempo libre a mi disposición que usé en visitar el Museo Británico donde hice una pequeña investigación sobre Transilvania entre los libros y mapas de la biblioteca; pues se me había ocurrido que tener algún conocimiento previo del país podría resultar difícilmente de poca importancia al tratar con un noble de aquel lugar. Descubrí que el distrito que él nombró se encuentra en el este extremo este del país, justo en la frontera de tres estados, Transilvania, Moldavia y Bucovina, en el medio de los Montes Cárpatos: una de las más salvajes y desconocidas regiones de Europa.

No conseguí ningún mapa o trabajo que me aclarara la ubicación exacta del castillo Drácula, pues no hay mapas de este país que se puedan comparar con la exactitud de los nuestros, pero descubrí que Bistrita, el pueblo de posta bautizado por el conde Drácula, es un lugar bastante conocido. Escribiré aquí algunas de mis notas, pues quizás sirvan para refrescar mi memoria cuando le cuente a Mina de mis viajes.

La población de Transilvania tiene cuatro nacionalidades diferentes: sajones en el norte, mezclados con ellos están los valacos, descendientes de los dacios; magiares en el oeste y essequelios en el este y norte. Iré a las tierras de estos últimos, que aseguran ser descendientes de Atila y su ejército de hunos. Esto es probable pues cuando los magiares conquistaron el país en el siglo XI, encontraron a los hunos asentados ahí. Leí que cada una de las supersticiones conocidas por el hombre, se concentran en la herradura de los Cárpatos, como si se tratase del centro de alguna clase de torbellino imaginativo, así que mi estadía ahí resultará sumamente interesante (Recordar: Debo preguntarle al conde todo lo que sabe sobre estas supersticiones).

No dormí bien, a pesar de que mi cama era lo suficientemente cómoda, pues tuve toda clase de sueños extraños. Había un perro que no paró de aullar bajo mi ventana en toda la noche, y quizás él haya

sido el culpable; o tal vez se debió a la paprika, pues tuve que beber toda el agua de la jarra después de probarla y aún así no logré saciar mi sed. Hacia la mañana, mientras dormía, me despertó un toquido constante en mi puerta, así que supongo que para ese entonces ya debía de haber estado profundamente dormido.

Comí más paprika en el desayuno, una suerte de puré de harina de maíz que me dijeron se llamaba “mamaliga”, y una berenjena rellena con carne picada que resultó ser un platillo realmente excelente, me dijeron que se llamaba “impletata” (Recordar: Conseguir la receta de esto también).

Tuve que desayunar apresuradamente, pues el tren salía un poco antes de las ocho o más bien, debió de haberlo hecho, ya que después de apurarme y llegar a la estación a las 7:30, tuve que permanecer en el vagón sentado por más de una hora antes de que comenzáramos a movernos. Me parece que mientras más al este va uno, los trenes se van haciendo cada vez más impuntuales. ¿Cómo serán en China?

Deambulamos durante todo el día a través de un país lleno de belleza de todo tipo. A veces veíamos pequeños pueblos o castillos sobre colinas empinadas similares a las que vienen en los misales antiguos; otras, nos encontrábamos con ríos y riachuelos que parecían, por las orillas empedradas a cada lado de ellos, ser la fuente de inmensas inundaciones. Requiere mucha agua y una fuerza inmensa el rebasar los límites de un río.

En cada estación había grupos de personas, a veces incluso muchedumbres, vestidos en toda clase de atuendos. Algunos de ellos eran iguales a los campesinos que hay en casa o los que vi al atravesar Francia y Alemania, ataviados con chaquetas cortas, sombreros redondos y pantalones hechos en casa, pero otros eran extremadamente pintorescos. Las mujeres se veían bonitas hasta que uno se acercaba a ellas, pues eran bastante gruesas en la cintura. Todas usaban largas mangas blancas de un tipo u otro y la mayoría

usaba cinturones grandes con muchas rayas o algo colgando de ellos como los vestidos del ballet, pero, desde luego, con enaguas debajo de ellos.

Las figuras más extrañas que vimos fueron los eslovacos, que parecían más barbáricos que los demás con sus grandes sombreros de vaquero, enormes y holgados pantalones, camisas blancas de lino y cinturones de cuero inmensamente pesados de casi un pie de ancho; tachonados con clavos de latón. Usaban botas altas con sus pantalones metidos en ellas y tenían el cabello negro y largo y bigotes oscuros y tupidos. Son muy pintorescos, pero poco atractivos. En un escenario serían tachados de inmediato como una banda oriental de bandidos. Son, sin embargo, según me han dicho, completamente inofensivos y más bien bastante tímidos.

Cuando la luz crepuscular desaparecía dando pie a la noche, llegamos a Bistrita, que es un lugar muy interesante y antiguo. Al estar prácticamente en la frontera —pues el desfiladero del Borgo lleva de Bistrita directo a Bucovina— ha tenido una existencia muy tormentosa y ciertamente muestra marcas de ello. Hace cincuenta años se desató una serie de incendios inmensos, que crearon un daño terrible en cinco ocasiones distintas. Al principio del siglo XVII fue sometida a un cerco de tres semanas en el que fallecieron 13,000 personas en una guerra asistida por el hambre y la enfermedad.

El conde Drácula me había indicado que me hospedara en el hotel Golden Krone, que encontré, para mi delicia, completamente anticuado, pues yo quería aprender todo lo posible sobre las costumbres del país. Era evidente que me esperaban, pues cuando llegué a la puerta, me topé con una anciana de aspecto amigable vestida con el atavío usual de los campesinos: una falda interior larga y blanca con dos delantales largos uno delante, otro detrás, de colores brillantes y tan ajustados al cuerpo que casi sobrepasaban lo modesto. Cuando me acerqué, se inclinó y dijo:

—¿El señor inglés?

—Sí—, dije— Jonathan Harker.

Sonrió y le dio algunas instrucciones a un hombre anciano vestido con una camisa de mangas blancas que la había acompañado a la puerta.

Se fue y regresó de inmediato con una carta:

“Mi amigo,

Bienvenido a los Cárpatos. Te espero ansiosamente. Duerme bien esta noche. Mañana a las tres, partirá una diligencia a Burcovina; se te ha reservado un lugar en ella. En el desfiladero del Borgo mi carruaje estará esperándote para traerte hasta mí. Confío en que tu viaje desde Londres haya sido feliz y en que disfrutarás tu estadía en mi hermosa tierra.

Tu amigo,

Drácula”